

Todo hace prever que volverá a triunfar el idealismo en la política.
("La Nación", Buenos Aires (R.A.), 30 abril 1922)

Parece que van a adormecerse los radicalismos personalistas y que empieza a despertar una especie de idealismo político. "Y en la juventud confiamos, sobre todo, para que así sea"

Por MIGUEL DE UNAMUNO

(Para LA NACION)
SALAMANCA, marzo de 1922.

IDEALISTAS! Nos llaman idealistas en son cuando no de burla o de desdén, de reproche. ¿Desdén? Fingido, nada más que fingido. Napoleón hablaba con desdén—también fingido—de los que llamaba ideólogos, y él, Napoleón, era un ideólogo, un ideólogo de la idea napoleónica, o más bien, de sí mismo como idea, de Napoleón universalizado, hecho una categoría. Que egotismo no es egotismo. Pero era Napoleón. Y otros que no son Napoleones ni mucho menos hablan, con mal contenido miedo, de los... intelectuales. El intelectual es

el enemigo. ¿El intelectual? No, sino la inteligencia.

¡Idealistas! ¿Pero qué es una idea? He aquí algo difícil de definir, porque una idea puede serlo todo o no ser nada. Hasta si se mira a la parte formal. Pues acaso el mundo no es sino una sucesión de formas enchufadas las unas en las otras.

¡Idea!... Idea es un significado primitivo—dispensad al filólogo—es lo mismo que visión, pero la idea para nosotros no encarna en forma visible, sino en forma oíble, en sonido, en palabra, en verbo. La idea se oye más que se ve. La idea es verbo, es palabra, es razón.

Razón quiere decir palabra. En ca-

taían "enrahonar" es hablar. Y de aquí aquello del principio del cuarto Evangelio de que en el principio fué el verbo, la palabra. El texto griego dice "logos", que podría traducirse por "razón". Y Goethe corregía diciendo que en el principio fué la Acción, como si el Verbo no fuera acción. Y en cuanto a la palabra... palabra—parábola—significa primeramente rodeo, disparo que pasa de sesgo junto al blanco. Y así en la frase shakeaspiriana: "palabras, palabras, palabras" ("words, words, words"), podría entenderse: rodeos, rodeos o rodeos, o sea macanas. Pero hay palabras que crean y que van derechas al blanco.

¿Se mueven los hombres por ideas? Hay quienes estudiando la historia, y sobre todo la de hoy, lo niegan. Pero es según lo que por ideas entendemos. Los políticos suelen decir que los hombres se mueven por intereses, pero las ideas son también intereses.

La idea, la palabra, es una forma pero tiene carne. Ahora cuando se deja la forma sólo, cuando se la descarna ¡es claro! entonces, cuando es idea pura, ya ni idea es siquiera. Pe-

ro hay quienes se dedican a perseguir formas, a crecer que pelando a un fruto, el fruto se destruye. O a destruir manómetros. ¿Que el manómetro sube y nos indica que pueda estallar la caldera? ¡Pues a romper el manómetro! ¿Que la subida del barómetro presagia una tormenta? ¡A romper el barómetro! Es lo propio de los conservadores, de los que dijo Carducci que son desvergonzadamente triviales. Y aquí empiezan a hacer otra cosa y es variar el artificial del manómetro o su graduación de modo que al subir parezca que baja.

En psicología se ha propuesto un problema—en cuyo estudio se distinguió el dinamarcués Lange—y es si se tiembla porque se tiene miedo o se tiene miedo porque se tiembla, si se ruboriza uno porque se avergüenza o se avergüenza porque se ruboriza. Para el sentido común, para ese sentido común al que Hegel relegaba a la cocina—y aun en ella hace de las suyas—la solución es clara, pero el sentido común suele carecer de sentido científico.

Aplicando algo de esto a la política—arte de realidades concretas según

los políticos de oficio—diremos que el temperamento y el estilo son más que la doctrina. Hay un temperamento progresista y otro reaccionario, uno liberal y otro conservador, aplicados a unas u otras ideas. Y hay un estilo radical. Un estilo radical que no suele tener nada que ver con el radicalismo de las ideas. Los que ahí como aquí suelen llamarse radicales se preocupan muy poco de las raíces; se atienen a las hojas y cuando más, al tronco o al tallo. No conocemos un sedicente radical que vaya a la raíz de los problemas. Y muchas veces se llama radical el que suprime las raíces.

Otra vez os decía que se suele entrar en la vida pública o por idealismo, por tener conciencia histórica, una visión—o mejor previsión—de la misión histórica de la colectividad a que se pertenece—y Mazzini nos ofrece acaso el más alto ejemplo—o por afán de medro personal, o por satisfacer una vanidad barata, la vanidad de sentarse en la presidencia aunque no se presida, de ocupar el puesto de mando aunque no se mande, o—y esto es lo más terrible—por saciar un temperamento, un talante,

unas ganas. Aquí, en España, tuvimos a Romero Robledo, prototipo de político profesional, que no fué ni un vividor, ni un ambicioso, ni un vanidoso ni menos un idealista; fué un temperamento que tenía que saciarse. Un deportista, en fin. Y de aquí el carácter profundamente personal de su política. Ni personal tampoco, sino individual. Porque lo de personal supone algo representativo. ¿Era Romero Robledo una idea? Cada hombre, en cierto sentido, lo es.

¡Y esos odios personales! Dice monseñor Duchesne en el tomo III, capítulo XIV de su "Historia antigua de la Iglesia", que en el siglo VII los bretones no querían que se predicara el Evangelio a los anglo-sajones, sus invasores, que ya en el V manifestaban los mismos sentimientos con respecto a los escoceses, que eran sus enemigos en este mundo y a los que no querían encontrar en el paraíso, no gustándoles, por lo tanto, que se les facilitara el acceso a él, absurdo patriótico contra el que se opuso San Patricio. Y al leer esto nos acordamos del líder irlandés Valera. (Que, dicho sea entre paréntesis, no vemos por qué se le ha de citar llamándole

De Valera, que es como si al que esto escribe se le llamara De Unamuno, lo que implica desconocer el valor y el sentido de la partícula de en los apellidos solariegos).

Esos odios personales o raciales producen agrupaciones políticas, más bien bandos, en que toda idealidad falta. En cierta ocasión a un inglés que nos preguntaba cómo se dividen políticamente las gentes en nuestros pequeños pueblos, le dijimos que en dos bandos, el de los antizutuanistas que siguen a Fulano y el de los antifulanistas que siguen a Zutano. Y esto en otras sociedades aun más que en la nuestra. Nada más difícil, por ejemplo, para un europeo que el darse cuenta del significado de los partidos políticos de la mayor parte de las Repúblicas americanas, sin excluir ¡claro está! la de los Estados Unidos de la América del Norte. ¿Cómo excluirla? Todo lo contrario. Eso de los demócratas y los republi-

canos de Yanquilandia es el lío mayor para un hombre que tenga en política una educación clásica y que sepa entroncar nuestras discordias civiles con las que personificaron en el siglo I antes de nuestra era Mario

y Sila en Roma, para un hombre que viva todavía dentro de la tradición que produjo la gran Revolución Francesa, uno de los movimientos más tradicionales y más clásicos.

Todo esto que venimos aquí diciendo y que podrá parecer divagatorio y hasta incoherente nos lo sugiere la auscultación de las palpitaciones del alma española de hoy. Parece que van a adormecerse los radicalismos personalistas y que empieza a despertar una especie de idealismo político. Y en la juventud confiamos, sobre todo, para que así sea. La juventud que acaba de presenciar el terrible espectáculo de la última gran guerra de las Naciones, no puede conformarse ya con la política tem-

peramental, aunque se disfrace de radicalismo en una u otra dirección, con la que no sirve sino para saciar temperamentos y ha de exigir una política de altos ideales, de principios políticos conformes al canon clásico. Los días del mal llamado oportunismo están contados.

